

SCOOT NEARING: PENSAMIENTO CRÍTICO EN EL ASCENSO DE ESTADOS UNIDOS EN EL SIGLO XX

SCOOT NEARING: CRITICAL THINKING IN THE RISE OF THE UNITED STATES IN THE 20TH CENTURY

BORJA GARCÍA VÁZQUEZ

Doctorando. Universidad Rey Juan Carlos.

<https://orcid.org/0000-0003-0055-6917>

RESUMEN

El estadounidense Scott Nearing es un autor prácticamente desconocido para el público hispanohablante, debido a la escasa presencia de referencias bibliográficas o traducciones de sus obras al español. El propósito del artículo es revisar su prolífica producción intelectual en la etapa inicial de su trayectoria, correspondiente a la primera mitad del siglo XX, con el objetivo de visibilizar los principales ejes argumentales que articuló desde una de las principales potencias del denominado «mundo libre». A través de un análisis crítico de sus textos, se exploran sus posicionamientos sobre cuestiones políticas, como la emergencia de los totalitarismos comunista y fascista, la persistente segregación racial en Estados Unidos, el papel social y político de la mujer, la necesidad de protección de la infancia frente a los efectos del capitalismo, así como los orígenes y consecuencias devastadoras de los conflictos bélicos. Este recorrido por su pensamiento temprano permite reconstruir la visión crítica que Nearing tuvo de la sociedad norteamericana, en un momento histórico en el que el país comenzaba a consolidarse como superpotencia mundial. Asimismo, sus reflexiones ofrecen elementos para interpretar el devenir de una nación marcada por una cultura de la guerra, y por una estructura social atravesada por profundas desigualdades raciales; que, habiendo superado algunas barreras formales de discriminación hacia la población afrodescendiente, perviven las huellas de una historia cimentada en la esclavitud, cuyas

ABSTRACT

American writer Scott Nearing remains virtually unknown to Spanish-speaking audiences, largely due to the limited availability of bibliographic references or translations of his work into Spanish. The aim of this article is to examine his prolific intellectual output during the early phase of his career, which corresponds to the first half of the twentieth century. The goal is to shed light on the main arguments he developed from within one of the leading powers of the so-called free world. Through a critical analysis of his writings, the article explores his positions on key political issues, such as the rise of communist and fascist totalitarian regimes, the ongoing racial segregation in the United States, the social and political role of women, the protection of children from the impact of capitalism, and the origins and devastating consequences of war. This review of his early thought allows us to reconstruct the critical vision Nearing held of American society during a historical period in which the country was emerging as a global superpower. His reflections also provide insight into the trajectory of a nation shaped by a culture of war and a deeply unequal racial structure, where the legacy of slavery continues to influence contemporary social dynamics despite progress in combating discrimination.

consecuencias aún condicionan la realidad contemporánea.

Palabras clave: Capitalismo, eugenesia, feminismo, imperialismo, pacifismo, racismo.

Keywords: Capitalism, eugenics, feminism; imperialism, pacifism, racism.

INTRODUCCIÓN

El 14 de junio de 1915, el consejo de administración de la Universidad de Pennsylvania votó en contra de la reelección del doctor Scott Nearing como profesor asistente de economía para el curso 1915-1916, tras haber sido empleado de la institución durante nueve años. Este hecho no sería distinto a las infinitas situaciones vividas por profesionales de la academia al momento de renovar sus contratos, salvo por el hecho de que la decisión fue atribuida a las críticas vertidas por el académico contra el sistema económico capitalista y la explotación infantil. Nearing, previamente a convertirse en profesor universitario había sido entre 1905 y 1907 secretario del Comité de Pennsylvania de Trabajo Infantil, grupo activista contra la explotación de menores, y con posterioridad al abandono de su cargo, mantuvo su tono crítico contra las leyes que permitían el trabajo infantil, por lo que su despido respondió a una restricción de la libertad de pensamiento y opinión.

Tras abandonar el cargo, trabajó en la Universidad de Toledo, y en el juicio que siguió a su despido improcedente, celebrado del 5 al 19 de febrero de 1919, Nearing fue interrogado sobre las obras que había escrito durante los nueve años que había impartido clase en la universidad, como su obra *Social Sanity*, que le llevó a afirmar en el tribunal: “*Si somos estúpidos e intolerantes y nos negamos a ver lo que viene, los cambios pueden superar y destruir nuestra civilización*” (United States District Court for the Southern District of New York, 1919: 27).

La Gran Depresión, motivó la decisión de Scott y su esposa Helen a trasladarse en 1932 desde la ciudad de Nueva York a la zona rural de Vermont, donde comenzaron a vivir como campesinos, tal y como describió en su obra más conocida *Living the Good Life*, de 1954, donde detalla el modo de vida autosuficiente de este matrimonio, manteniendo su filosofía y trabajo intelectual hasta su fallecimiento en 1983.

En el presente trabajo expondremos las principales líneas del pensamiento de Scott Nearing, atendiendo a la revisión de los distintos libros, artículos y panfletos que escribió hasta la década de 1950, antes de su conversión y reconocimiento como referente del ecologismo y el pacifismo, reflejando la trayectoria de un intelectual que buscó vivir de acuerdo con sus ideas.

1. CAPITALISMO, COMUNISMO Y FASCISMO

La transición social causada por la modificación de los sistemas productivos ocurridos desde el origen de la Revolución Industrial, llevó a que los modos de vida experimentasen un cambio que progresivamente fue causando una disonancia entre el objeto y fin de la existencia personal; algo denunciado por pensadores de las corrientes de pensamiento calificadas de socialistas, de las cuales Scott Nearing fue heredero, y desde las que proponía un retorno a la centralidad humana ante la imposición técnica de las máquinas:

“¿Fue la industria hecha para el hombre? O ¿fue el hombre hecho para la industria? Si el hombre fue hecho para la industria, entonces debería ser esta el amo y el hombre el esclavo (...) si por el contrario, la industria fue hecha para el hombre, entonces debe ser este el amo y la industria la esclava (...) hace dos mil años, Jesús reprendió a los fariseos y justificó que sus discípulos hubiesen recogido espigas en el día de reposo con estas palabras: el Sabbath fue hecho para el hombre, y no el hombre para el Sabbath. El mundo escuchará el profeta que proclame: “La industria fue hecha para el hombre, y no el hombre para la industria” (Nearing, 1913a).

El desarrollo del comercio desempeñó un papel determinante en la transformación de las estructuras sociales tradicionales, facilitando la interconexión entre aldeas previamente aisladas. A medida que los comerciantes acumulaban riqueza y poder, el Estado Civil emergió como la manifestación política de los intereses de esta nueva clase mercantil, causando en consecuencia que instituciones como la familia, la tribu y la aldea fuesen subordinadas a esta novedosa autoridad de carácter civil, que reconfiguró los valores sociales al desplazar el orgullo basado en los lazos de sangre por la búsqueda de beneficios económicos (Nearing, 1940: 3-4).

La civilización poseía ciertas características que la diferenciaban de las formas anteriores de vida social, comenzando por la existencia de un mercado permanente controlado por comerciantes, cuya ganancia dependía exclusivamente de la compra y venta de productos, a diferencia de agricultores y artesanos, que transformaban los recursos naturales en bienes destinados al consumo, obteniendo beneficios a partir del excedente de su producción. Esta diferencia motivó en los comerciantes la necesidad de buscar nuevos clientes, causando su dispersión por el mundo con el propósito de encontrar nuevas oportunidades de negocio, en contraste con agricultores y artesanos, dependientes prácticamente del consumo doméstico y del mercado local (Nearing, 1940: 5):

“El hogar es el ancla del propietario. Los agricultores y los artesanos dirigen su mirada hacia el interior, hacia la tierra y el taller de donde proviene su sustento. Por el contrario, el comercio desvincula al comerciante de cualquier localidad específica. Su mirada se dirige hacia el exterior: a las caravanas, los barcos, los viajes, la aventura y el descubrimiento. La búsqueda del comercio oriental llevó a Vasco de Gama a rodear África y a Colón a cruzar el Atlántico. Mientras la aldea agrícola permanece estática siglo tras siglo, la ciudad comercial se expande constantemente, abriendo nuevos espacios para la obtención de beneficios” (Nearing, 1940: 6).

De esta descripción, Scott Nearing propuso denominar la civilización como etapa histórica “en la que un centro comercial permanente está dominado por una clase mercantil o empresarial”, en cuyo desarrollo se suceden tres formas consecutivas: ciudad comercial, nación e imperio (Nearing, 1940: 9-10); distinguiendo en esta última etapa cinco fases del ciclo imperial: “(1) el establecimiento del núcleo imperial o patria; (2) la expansión; (3) el conflicto por la supervivencia con otros grupos conquistadores y explotadores; (4) la supremacía mundial y (5) la desintegración y disolución” (Nearing, 1940: 13-14).

Esta fue la cosmovisión que sostuvo en sus obras publicadas para The Rand School of Social Science, considerando que el comienzo del siglo XX coincidió con el inicio del fin de la «Civilización Cristiana» frente al empuje que representaba el sistema económico capitalista, como cambio de ciclo en el que la conflictividad terminó imponiéndose a los deseos de paz:

“Durante los primeros años del siglo actual, el sistema social conocido como Civilización Cristiana comenzó a desmoronarse. Había cumplido su ciclo y llevado a cabo su misión histórica. Su período de crecimiento y expansión llegó a su fin. Las fuerzas destructivas generadas por la lucha competitiva por la riqueza y el poder tomaron el control. La prosperidad fue absorbida por tiempos difíciles. La paz fue desplazada por la guerra. La construcción dio paso a la desintegración.

La crisis económica que sacudió al mundo civilizado en 1929 no fue un accidente, del mismo modo que la devastadora guerra de 1914 no fue un error. Los líderes de la Civilización Cristiana hicieron todo lo posible por perpetuar la prosperidad. Se esforzaron en evitar la guerra. Desde la Primera Conferencia de La Haya en 1899 hasta la catástrofe de 1914, los estadistas trabajaron incansablemente para evitar que su sistema social se autodestruyera. Fracasaron.

A lo largo de los frenéticos años que siguieron a la guerra de 1914 y al colapso económico de 1929, los dirigentes de la Civilización Cristiana han intentado restablecer la paz y restaurar la prosperidad. Sus esfuerzos han sido en vano. Desde 1910, ha habido guerras en curso en uno o más lugares cada año. El desempleo ha aumentado. El capital ocioso se ha acumulado. Poco a poco, la parálisis de la muerte se ha extendido sobre el cuerpo del viejo orden social” (Nearing, 1940: 19-20).

El texto referenciado corresponde al periodo anterior al estallido de la Segunda Guerra Mundial, una hecatombe que no fue prevista en su análisis, aunque si percibía que el sistema conocido se encontraba en un momento de cambio irreversible, y que toda resistencia se presentaba inútil e impotente a las nuevas circunstancias sociales:

“Los amos del mundo occidental están intentando evitar la muerte de un viejo sistema social. Están desperdiciando su tiempo. Bien podrían unirse al rey Canuto en la orilla del mar, tratando de hacer retroceder las mareas. O podrían intentar remendar un abrigo viejo o reparar un zapato desgastado cuando el material del que están hechos ha comenzado a desintegrarse” (Nearing, 1940: 20).

Es posible, que su pesimismo y oposición al sistema capitalista procediese de su esperanza en el surgimiento de una sociedad, enraizada en la idealizada revolución soviética, vista como un nuevo comienzo para su población. La esperanza depositada en la aparición de aquella nueva humanidad tan vanagloriada desde la URSS, y denostada por sus críticos con la denominación técnica burlesca del «homo sovieticus», que sin llegar a formularse estrictamente por Nearing, sí se aprecia en el reconocimiento que practica a las circunstancias que motivaron la consolidación de la ciudadanía soviética:

“Y cuando la guerra golpeó a Rusia, destruyó tanto el feudalismo como el capitalismo. Los bolcheviques no destruyeron a las clases dominantes rusas; fueron estas últimas quienes se autodestruyeron entre 1914 y 1917 por su incapacidad para movilizar y gestionar la vida militar e interna del país.

El pueblo ruso padeció hambre. Carecía de ropa. No tenía maquinaria. Los ferrocarriles colapsaron. El combustible escaseaba. Toda la vida en Rusia, desde 1915 hasta 1917, estuvo sumida en el caos.

Finalmente, a principios de 1917, cuando los ejércitos rusos comenzaron a desertar y regresar a sus hogares, fue porque el pueblo ruso estaba convencido de que continuar con la guerra no valía la pena. Y llegaron a esa conclusión porque estaban hambrientos, congelados, enfermos y agotados por la guerra” (Nearing, 1924: 23-24).

Nearing concibió el modelo soviético como algo “*temporal o transitorio destinado a superar el abismo entre el capitalismo y el socialismo (...) un puente sobre un abismo, que avanza hacia el comunismo y se aleja del capitalismo*” (Nearing, 1924: 25), empleando como forma de gobierno “*una dictadura dominada por el partido comunista con el objetivo de lograr la emancipación económica*” (Nearing, 1924: 26); porque para él lo político era algo accesorio, no criticaba un sistema totalitario como el soviético, si con esas medidas lograba combatir lo que identificaba como el verdadero enemigo de su país, el sistema económico,

llegando a indicar que *“Si el capitalismo gana, el mundo verá la aparición de un nuevo tipo de servidumbre, más completa y efectiva que la de la época feudal. Si el socialismo gana, el mundo entrará en un nuevo ciclo de desarrollo”* (Nearing, 1921: 255).

En este sentido, uno de los ejes centrales de sus preocupaciones fue la pobreza, atribuyendo su existencia como consecuencia directa del sistema económico, y la perniciosa influencia que creía causar entre sus conciudadanos, deduciéndose implícitamente la formulación por analogía de su idea inicial, que nos lleva a considerar que es la economía la que debe estar al servicio del hombre y no a la inversa:

“La pobreza debe ser juzgada por sus resultados. Como todo árbol, se le conoce por su fruto. ¿Cuáles son los frutos de la pobreza? El proverbio chino “El crimen comienza en la pobreza” parece ser confirmado por la experiencia de las instituciones penales estadounidenses. Las personas que van a la cárcel suelen ser, en su mayoría, hijos e hijas de los pobres” (Nearing, 1916: 175).

Pero tan importante como la pobreza, era conocer sus causas para atacarlas, localizando su origen en las grandes diferencias entre quienes ostentaban el poder económico, y por extensión la libertad, en comparación a todos aquellos que carecían de él, mostrando la oposición habida entre la minoría poderosa y la mayoría débil, representaciones dicotómicas que son mantenidas en el discurso contemporáneo:

“Los salarios bajos, los precios altos y los precios baratos son aprobados, ordenados, disfrutados y defendidos por aquellos que se benefician de ellos. Mientras tanto, el peso de la pobreza recae como una carga aplastante sobre los pobres. Son pobres porque los salarios son bajos y los alquileres y precios son altos. Su pobreza hace posible la comodidad de los respetables y los acomodados. El peso de la civilización recae más pesadamente sobre las espaldas de aquellos que son los menos capaces de soportar sus cargas” (Nearing, 1916: 193).

Así, la pobreza era en su opinión, un mal propio de su época, perdurando aún hoy este sentimiento, como un defecto que no encuentra solución pese a lo pernicioso de su existencia, y ante el cual los remedios que se plantean no llegan a trascender al campo de la simple crítica:

“La pobreza es una maldición individual y un pecado social. Marchita y destruye las vidas de sus víctimas. Es una enfermedad, y existiendo como lo hace, al lado del aumento sin igual en el poder productivo que ha resultado del uso de la máquina, desafía la civilización. La pobreza es una característica destacada de la civilización actual. Lo son también las riquezas” (Nearing, 1916: 199).

El otro gran problema de su tiempo lo hallará en el polo contrario del espectro social, en la riqueza, la otra cara de la distribución económica de toda sociedad en la que estadísticamente siempre existirán diferencias estructurales que impedirán la estricta igualdad material de sus miembros, aunque para aquellos que superen la media siempre se mantendrá una barrera infranqueable que hará de los ricos un reducto aislado, carente de humanidad de acuerdo con la posición defendida por Nearing:

“La riqueza aísla a los ricos de manera tan completa como si estuvieran situados en una isla de oro en medio de un océano infinito. Los ricos pueden tener amigos entre los ricos, pero no pueden llegar al corazón de la humanidad. La filantropía es el esfuerzo de los ricos por establecer relaciones humanas con el resto de la humanidad. Como tal, es quizás el fracaso más árido del siglo” (Nearing, 1916: 211).

Ante los desmanes y excesos de que era testigo, sin obviar el sesgo de su pensamiento, proféticamente expuso un desalentador pronóstico de lo que depararía al mundo en años sucesivos, sin que hayamos sido capaces de superar aun estas retóricas en el espacio público, perdurando todavía estas amenazas en la psique colectiva occidental, ante el auge de un mundo alternativo liderado por China, unido a las crecientes desigualdades y la fragmentación social al interior de los Estados occidentales:

“La guerra internacional, la guerra de clases, la guerra civil y los tiempos difíciles son los tres arietes que están destruyendo su civilización. Y aunque ustedes vivan en el país más rico del mundo, aunque se encuentren en el lado cómodo de la vida y aunque las cosas parezcan ir bien en este momento, los alemanes sentían lo mismo en 1913. Y eso fue hace solo diez años. Dentro de diez años, muchos de ustedes estarán cantando una melodía diferente, si esa es la que siguen en la actualidad” (Nearing, 1924: 31).

La acción de los ricos, la disparidad ante las masas obreras, y el ejemplo revolucionario ruso, van a ser los motivos en los que



Ilustración 1. *Desde las profundidades*. Obra realizada por William Balfour Ker, reproducida en la obra de Scott Nearing «Poverty and Riches», publicada en 1916. Fuente: imagen obtenida del Library of Congress Prints and Photographs Division Washington (2025).

Nearing encontró la explicación a la aparición del fascismo, fenómeno social que en aquel tiempo se expandía por todo el mundo, como respuesta al empobrecimiento de la clase media por causa de guerras, monopolios, y del peligro que suponía la organización del proletariado para el poder:

“Durante más de un siglo, la clase media había seguido un camino trazado y construido por fabricantes, banqueros y políticos. En cada desvío había carteles que decían: «Este es el camino hacia la paz, el progreso y la prosperidad». Los miembros de la clase media tenían tanta confianza en sus líderes empresariales y profesionales que no hacían preguntas y simplemente seguían las indicaciones.

La carretera pavimentada, recorrida con tanta comodidad durante la Era Victoriana, se convirtió en un camino de tierra. Luego, el camino se estrechó hasta volverse un sendero angosto. Los letrados desaparecieron. En lugar de llegar al paraíso prometido, los angustiados viajeros se encontraron en un desierto, serpenteando por la ladera de una escarpada cadena montañosa. Desde arriba, les amenazaban rocas sueltas, derrumbes y avalanchas: el movimiento de los monopolios, la guerra imperialista, las revueltas coloniales, los impuestos crecientes y las deudas cada vez mayores. Debajo de ellos se abría el abismo de la revolución proletaria” (Nearing, 1920: 8).

De este modo, la clase media se encontraba acosada desde dos frentes:

“Las políticas seguidas por los magnates de los *trusts* y los banqueros de inversión llevaron a la clase media a una era de guerras y devastadoras crisis económicas, en la que fue saqueada y diezmada sin piedad. La revolución proletaria fue un paso más allá, eliminando sus medios básicos de subsistencia y destruyendo sus instituciones más preciadas” (Nearing, 1920: 12).

Y a consecuencia de esta doble presión, el fascismo surgió en un intento de aglutinar fuerzas desde la clase dominante a las masas trabajadoras:

“Los elementos de la clase media acosados en un país tras otro han adoptado programas de acción dirigidos en parte contra las fases más agresivas de la economía de los *trusts* y el imperialismo, pero especialmente contra las fuerzas de la revolución proletaria. También se vieron impulsados a buscar aliados, primero entre los miembros de la clase dominante y, más tarde, entre las masas trabajadoras. El movimiento fascista fue organizado, financiado y apoyado como el instrumento para ejecutar este programa. La tarea principal de quienes redactaron el programa fascista era encontrar un punto medio entre la trustificación y la expansión imperialista por la derecha, y la revolución de la clase trabajadora por la izquierda. El programa puede resumirse en cuatro frases: 1. Unir a los propietarios y privilegiados. 2. Destruir la revolución proletaria. 3. Organizar naciones autosuficientes. 4. Establecer un Estado fuerte” (Nearing, 1920: 13-15).

En su opinión, el fascismo no se originó como un movimiento de masas ni encontró su base inicial en los sectores populares de la clase media. Por el contrario, su desarrollo estuvo marcado por la acción conspirativa de un reducido grupo de arribistas y militares, cuya estrategia se centró en la imposición de una estructura de poder autoritaria. Lejos de identificarse con los principios democráticos, los fascistas desestimaron los ideales de la soberanía popular y se burlaron de los eslóganes democráticos que exaltaban «la voz del pueblo». En su concepción del orden político, las masas no eran agentes activos de transformación, sino seguidores pasivos destinados a ser dirigidos por una élite autoproclamada, integrada por los propios fascistas.

Desde esta perspectiva, la democracia no era concebida como un sistema legítimo de organización social, sino como un régimen decadente que debía ser reemplazado con urgencia por instituciones de mayor vigor, orientadas a la consolidación del poder fascista. La instauración de este nuevo orden no se limitó a una confrontación ideológica, sino que se materializó en la conformación de un Estado dentro del Estado, donde los fascistas impusieron su propia normativa, mantuvieron una disciplina férrea y eliminaron a sus opositores mediante el uso sistemático de la violencia armada:

“El movimiento fascista no comenzó entre las masas, ni siquiera entre las bases de la clase media. Más bien, tuvo su origen en las actividades conspirativas de unos pocos aventureros y soldados de fortuna. Los fascistas se burlan de los eslóganes de ‘la voz del pueblo’ de los demócratas. Ven a las masas como seguidores potenciales que deben ser ganados y liderados por la ‘élite’, es decir, por los fascistas. La democracia la describen como un ‘cadáver en descomposición’ o una ‘carcasa en descomposición’ que debe ser reemplazada a la primera oportunidad por las instituciones más vitales del fascismo. Los fascistas han construido un Estado dentro del Estado. En nombre de la necesidad patriótica han establecido sus propias reglas; mantenido su propia disciplina; aplastado a sus enemigos con fuerza armada y ganado poder mediante el uso de armas. Para lograr tales resultados, el fascista organizó una fuerza móvil de hombres que no dudaban en matar cuando era necesario. Organizativamente, por lo tanto, el fascismo se construyó en torno a un ejército más que a un partido político. Los fascistas comenzaron su campaña no mediante un llamamiento oratorio a las masas, sino quemando los lugares de reunión, destruyendo imprentas y disparando a los líderes de su único verdadero oponente: el movimiento revolucionario de la clase trabajadora” (Nearing, 1920: 18-19).

En aquel tiempo, desconocedor del caos que posteriormente afectaría al planeta, Scott Nearing supo anticipar la relevancia que causaría este movimiento para el mundo en su totalidad; algo que actualmente se está recuperando, siempre que se considere el fascismo como un movimiento que no está constreñido exclusiva-

mente al espacio temporal de la Europa de entreguerras, y que encuentra en los nuevos sistemas autoritarios un eco persistente de lo que podría acontecer a futuro:

“El fascismo no depende de un solo hombre ni de un pequeño grupo de hombres. No está confinado a uno o dos países en particular. Es un movimiento de gran significancia histórica que, a menos que todos los indicios fallen, jugará un papel importante en Europa Occidental, y quizás en otros lugares, en los días que están por venir. Ha pasado el tiempo en que el fascismo puede ser descartado como un ‘episodio’, ‘un interludio’, ‘una aberración temporal, un síntoma del estrés económico del período de reconstrucción posguerra’. El fascismo es una característica permanente de la vida social contemporánea, y aunque es imposible predecir el curso exacto del movimiento fascista, es importante formar algún juicio sobre el papel general que el fascismo jugará en la actual época histórica” (Nearing, 1920: 39-40).

Desde la seguridad y perspectiva que nos ofrece la atalaya del paso del tiempo, sabemos que hablar de fascismo en el momento presente es aludir a un movimiento que fue derrotado en la Segunda Guerra Mundial, y cuya razón de ser es hoy inoperante; pero no así con uno de los aspectos sobre los que se sustentó una variante del fascismo, el nacionalsocialismo, construido sobre un base racista que proponía mejorar la especie humana a través de la eugenesia, destacando como esta técnica era vista favorablemente desde las posiciones antagónicas que representaba Scott Nearing, como confirman sus palabras a comienzos del siglo XX:

“La sociedad está interesada en la eugenesia, porque es a través de ella que se preservan y perfeccionan los rasgos hereditarios de los individuos superiores. La eugenesia, correctamente entendida y aplicada, constituye un activo social de un valor inigualable. ¿Hasta cuándo nuestra sociedad continuará conformándose con lo superficial, descuidando el potencial que tiene a su alcance? La eugenesia es, sin duda, un medio para la salvación de la raza, pero ¿qué esfuerzos se han hecho para perfeccionar sus medidas? (...) Cada Estado bien organizado en la antigüedad eliminaba a los individuos con defectos en beneficio del grupo y del futuro. ¿Qué medio más efectivo de preservación social podría imaginarse que aquel mediante el cual las clases defectuosas en la sociedad fueran erradicadas, fortaleciendo así la estructura social con hombres y mujeres robustos, y protegiéndola contra la decadencia con el paso del tiempo? La propagación de defectos hereditarios es un asunto de suma gravedad. El asesinato es un crimen castigado con la pena de muerte, y sin embargo, un asesino solo elimina a un individuo del grupo social. La destrucción de una vida puede causar dolor y privar a la sociedad de un miembro valioso, pero en última instancia, es un delito relativamente menor en comparación. La perpetuación de defectos hereditarios es infinitamente peor que el asesinato” (Nearing, 1919: 37-39).

No obstante, en opinión del autor, la técnica por sí misma no permitía garantizar una mejora de la humanidad, sino que requería de otros elementos adicionales que se resumen en la simple educación de los individuos:

“La eugenesia proporciona las cualidades hereditarias del superhombre; el ajuste social proporciona el entorno en el que estas cualidades deben desarrollarse; aún queda el desarrollo del individuo a través de la educación, una palabra que, para nuestros propósitos, abarca todas las fases de la formación del carácter desde el nacimiento hasta la muerte” (Nearing, 1919: 55).

En conjunto, Scott Nearing era proclive a generar condiciones que permitiesen el cambio social desde tres direcciones, observando en esta capacidad de modificación, una oportunidad que no podían perder los EE.UU.:

“En general, estamos convencidos de que la Superraza es posible. Específicamente —y aquí radica el siguiente punto— existen más posibilidades para el desarrollo de la Superraza en los Estados Unidos hoy en día que las que han existido en cualquier nación del pasado o que las que existen en cualquier nación del presente. La Superraza es la oportunidad distintiva de América.

Los factores que pueden desempeñar un papel significativo en el establecimiento de una Superraza en los Estados Unidos se enumeran a continuación en un orden que permite un tratamiento secuencial: 1. Recursos naturales. 2. El origen de las razas dominantes. 3. El ocio. 4. La emancipación de la mujer. 5. El abandono de la guerra. 6. El conocimiento sobre la creación de razas. 7. El conocimiento sobre el ajuste social. 8. Un sistema educativo ampliamente extendido” (Nearing, 1919: 75-76).

Ante lo sorprendente que pueda resultar desde la distancia temporal lo exhibido por Nearing, es preciso resaltar que estas ideas eran comunes a la sociedad estadounidense del momento. Quien haya tenido oportunidad de leer las aventuras originales de Superman, personaje de ficción cuyas historias fueron publicadas desde el número 1 de *Action Comics*, en junio de 1938, encontrará en ellas de acuerdo con lo mencionado por el escritor de comics Mark Waid, una representación del anhelo de superación de sus creadores, Jerry Siegel y Joe Shuster:

“Fuese quien fuese el de la capa roja, no era un superpoli. Era un superanarquista (...) Históricamente, claro, no es difícil imaginarse de donde salía esta dureza. Los héroes populares más fuertes son inevitablemente los reaccionarios. Batman era el producto de la furia urbana, una respuesta a los crecientes peligros de la vida en las grandes ciudades. Wonder Woman simbolizaba una lucha madura contra la opresión patriarcal. ¿Y Superman? Desde el principio, Superman no era sólo una fantasía de poder; quizá era la ficción más pura de América, ya que había surgido de la rabia emocional de dos niños que buscaban una venganza personal (...) dos chicos judíos, tenían su propia y

trágica visión de la injusticia de la opresión, y esa visión fue lo que dio origen al Hombre de Acero” (Waid, 2005).

En sí, esa manifestación de forjar el destino propio que se encuentra en Superman no es distinto al explícito intento de creación del «hombre nuevo» desde la esfera soviética de la cual Nearing fue seguidor. El autor, como apunta John A. Saltmarsh, vivió un desarrollo intelectual que llevó a explorar los límites de la crítica permitida, consciente del interés de las clases dominantes de la cultura capitalista por expandir sus ideas al conjunto de la sociedad; y si bien inicialmente trató de reformar el sistema desde dentro (recordando que él mismo procedía de una familia acomodada ligada al negocio de la minería del carbón en Pensilvania), terminó desistiendo hasta convertirse en un completo outsider, confirmando en su decisión de cambiar su residencia a una granja desde 1932 (Saltmarsh, 1991: 3).

2. LOS NIÑOS, LAS MUJERES Y LA CUESTIÓN RACIAL

Con su primera esposa, Nellie Marguerite Seeds Nearing, escribió la obra «Woman and Social Progress», publicada en 1912, novedosa para su tiempo al afirmar la primacía biológica de la mujer, al asegurar respecto del sexo femenino que:

“Racialmente, “la mujer es el supremo instrumento de la naturaleza para el futuro”. No solo desempeñan un gran papel en la selección de los padres para sus hijos, sino que, además, llevan a la futura generación en sus propios cuerpos” (Nearing y Nearing, 1912: 265).

En el desarrollo social y cultural de las sociedades, la educación infantil desempeña un papel fundamental, siendo un proceso que no solo involucra la transmisión de conocimientos, sino también la formación integral de los individuos. En este contexto, históricamente se ha atribuido a las mujeres una función primordial en la crianza y educación de los niños, considerándolas como agentes clave en la configuración de valores, normas y comportamientos dentro del núcleo familiar.

Más allá del acto biológico de dar a luz, la labor educativa de las mujeres ha sido reconocida como un factor determinante en el desarrollo de las nuevas generaciones. A través de su influencia en los primeros años de vida, contribuyen a la adquisición de habilidades cognitivas, emocionales y sociales que resultan esenciales para la integración del individuo en la sociedad. Este rol no solo responde

a una perspectiva tradicional de género, sino que también destaca la importancia de la educación temprana en la construcción de sociedades equitativas y funcionales.

“Además de nacer bien, los niños deben ser bien educados, y son las mujeres quienes harán la educación. Esta es una segunda función social de la mayor importancia para las mujeres: no solo debe dar a luz a los niños, sino que también debe criarlos” (Nearing y Nearing, 1912: 266).

Pero desde la posición del matrimonio Nearing, la función social de la mujer no se agota con la procreación y la enseñanza, sino que encierra en si misma un importante eslabón de la cadena de consumo:

“Además, las mujeres son las que gastan, las árbitras finales del consumo nacional. Con su decisión determinan si el fabricante producirá avena o copos de maíz; si los frijoles se cocinarán en casa o se enlatan en una fábrica; si la fabricación de ropa se llevará a cabo en deplorables viviendas o en establecimientos con medidas adecuadas. Como consumidoras, las mujeres tienen el control del mundo industrial. Si decidieran organizar sus demandas y hacerlas sentir a través de un gasto prudente, podrían eliminar la adulteración de alimentos y el trabajo explotado, elevar el estándar de calidad de todos los productos manufacturados y determinar el futuro estatus de la industria estadounidense” (Nearing y Nearing, 1912: 267-268).

En el ámbito del consumo, a inicios del siglo XX se reconocía que las mujeres desempeñaban un papel fundamental como principales gestoras de las decisiones de compra dentro del hogar, lo que les otorgaba una influencia significativa en la configuración del mercado y la industria; un análisis que provocaba que desde esta perspectiva, el consumo no fuese visto por el matrimonio Nearing como una actividad económica, sino también un mecanismo de regulación social que podía favorecer prácticas empresariales éticas y sostenibles.

La relevancia femenina no quedaba limitada por su capacidad dadora de vida o la formación de las generaciones futuras, puesto que su participación en la vida social ya fuese de manera individual o colectiva, era asumida como un factor esencial en el desarrollo de la sociedad, manifestándose su proceder en múltiples dimensiones —racial, social, individual y política—, distinguiendo diferentes clases de mujeres de las que esperaban que se desempeñasen en distintas labores productivas:

“En primer lugar, las chicas entre el final de su escolarización y su matrimonio. La chica promedio deja la escuela a los quince o dieciséis años y la edad promedio de

matrimonio para una mujer es de veintitrés o veinticuatro años. Debe emplear los ocho años intermedios de manera productiva. Dado que hay poco trabajo rentable en el hogar para una chica de este tipo, esos años deberían cubrirse con alguna forma de ocupación industrial.

En segundo lugar, las mujeres que sufren alguna enfermedad o defecto transmisible deberían ser absolutamente privadas de los privilegios de la maternidad y, por lo tanto, deberían pasar su vida adulta en alguna forma de ocupación.

En tercer lugar, las mujeres que son genios, quizás una de cada diez mil, cuyo valor social de sus carreras se vería reducido por la maternidad, deberían continuar con su vocación elegida. Sin embargo, las mujeres con tal habilidad rara vez están, por lo general, especialmente preparadas para la maternidad y deberían sopesar cuidadosamente el valor social de su maternidad frente al valor social de su carrera. En la mayoría de los casos, el balance indudablemente resultaría en la maternidad más la carrera.

Cuarto, ese gran grupo de jóvenes esposas que, durante los dos o tres primeros años de matrimonio no tienen hijos, deberían, por todos los medios, comenzar o continuar alguna ocupación productiva, debido a la necesidad de aumentar los ingresos del esposo, pero también para el desarrollo personal.

En quinto lugar, las mujeres sanas y de buena constitución que, en la mediana edad, envían a su último hijo a la universidad y no tienen deberes exigentes en el hogar, deberían asumir alguna ocupación y mantenerse al ritmo del mundo” (Nearing y Nearing, 1912: 278-279).

Como vemos, la categorización social propuesta por el matrimonio Nearing, diferenciaba de acuerdo con el vínculo marital asumido por la mujer, y su capacidad reproductora, lo que resultaría intolerable para las corrientes herederas de estos postulados ideológicos. En igual sentido ocurre respecto a sus manifestaciones en torno al trabajo infantil, uno de los aspectos en los que centró su labor académica, preocupado por establecer límites, aunque los propuestos sean sorprendentes en la actualidad:

“Un límite de edad parece necesario en la legislación sobre el trabajo infantil, aunque es extremadamente insatisfactorio. La verdadera prueba de preparación para trabajar no es la edad, sino la madurez. Debe ser perfectamente evidente, incluso para el pensador más casual, que los años catorce- dieciséis no tienen relación con la madurez y, por lo tanto, no tienen una base racional para su existencia. Coinciden solo de manera aproximada con el período de pubertad en los niños, pero con nada en la ley” (Nearing, 1913c: 6-7).

Más aún cuando empleaba la cuestión racial como elemento diferencial biológico, con el que someter la clasificación de la mayor edad a razones estrictamente psicológicas, de acuerdo con la procedencia de los individuos:

“Algunas razas maduran antes que otras, y dentro de cada raza, los individuos difieren en su grado de madurez. Algunos niños de dieciséis años están tan bien preparados para el trabajo como otros de veinte. El criterio real no es, por lo tanto, “¿Cuántos años tienes?”, sino “¿Eres maduro?”. Desafortunadamente, los científicos nunca han llegado a un acuerdo sobre una prueba efectiva de madurez” (Nearing, 1913c: 10-11).

Sin ahondar en la problemática del trabajo infantil, otro aspecto relevante era el correspondiente a la educación de estos como eje vertebral de construcción social, reconociendo la importancia que asume el tiempo lúdico en la formación de las personas:

“El juego es para el niño lo que la poesía es para el hombre. Priva a cualquiera de este elemento esencial, y de esa siembra mal dirigida se cosecharán vidas desviadas. Si se inculca en la mente de un niño un aprendizaje que él no perciba ni sienta como algo de gran valor, y que no pueda integrarse en su vida activa ni enriquecerla, su frescura, espontaneidad y las fuentes de su juego se secarán lentamente” (Nearing, 1913c: 40).

Pero la educación fallaba en su misión de servicio a la infancia, cifrando en tres razones el por qué se producía el abandono escolar: 1) maestros incompetentes; 2) equipamiento escolar deficiente; y 3) disciplina escolar represiva” (Nearing, 1913c: 120-121), hechos que en nuestro tiempo no han desaparecido, y que en él motivaron que abogase en favor de una nueva educación:

“Los educadores han reconocido la validez del principio: ‘Las escuelas fueron creadas para los niños, no los niños para las escuelas’. De ello se desprende que ningún sistema escolar es sagrado, ningún método de enseñanza es intocable, ningún libro de texto es infalible, ni ninguna estructura administrativa es tan permanente que no deba ceder ante las necesidades educativas de la infancia (...) El espíritu de la nueva educación es el espíritu de servicio, de la equidad y del crecimiento individual, así como del progreso social. Aquí están las necesidades individuales; allá, las obligaciones y exigencias sociales de la época. En la medida en que esté en sus manos, la escuela debe garantizar que los niños que egresan de sus aulas vean sus necesidades satisfechas y estén preparados para desempeñar su papel como ciudadanos vigorosos y eficientes en una sociedad en constante evolución. Ese es el espíritu de la nueva educación” (Nearing, 1915: 258).

Más allá de las mujeres y niños, Scott Nearing fue consciente de otra realidad contradictoria que imperaba en su país, como reconoció al inicio de su obra «Black America», de 1929, con respecto a la población afrodescendiente; grupo étnico que en opinión del autor caracterizaba la sociedad estadounidense de aquellos años, por el maltrato que se profesaba contra ellos en situación similar a la ejercida por otras potencias de su tiempo, pero con la notable diferencia de que la

violencia era practicada a nivel de las colonias dentro del territorio continental del país:

“Entre los imperios modernos, ninguno está más comprometido con los principios abstractos de libertad y autodeterminación que los Estados Unidos. «Todos los hombres nacen iguales», declararon los fundadores de la República el 4 de julio de 1776; «Un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», prometió Abraham Lincoln; los niños estadounidenses cantan: «Mi patria, tierra dulce de libertad». Si las declaraciones y las profesiones de fe pudieran otorgar libertad y autodeterminación, Estados Unidos sería un país verdaderamente libre.

Sin embargo, la política de los imperios no se rige por preceptos morales. La necesidad económica es la brújula con la que los propietarios de la tierra y de los medios de producción dirigen la nave imperial del Estado. Entre los grandes imperios modernos, solo uno alberga dentro de su territorio a una raza sometida. El Imperio Británico tiene razas sometidas en Egipto e India; el Imperio Neerlandés en Java; los imperios francés, belga e italiano en África; y el Imperio Japonés en Corea. El Imperio Estadounidense, además de sus poblaciones sometidas en Filipinas y el Caribe, tiene dentro de sus propias fronteras nacionales a una raza sometida de más de doce millones de afroamericanos. Este asunto rara vez se discute desde esta perspectiva, incluso dentro de los propios Estados Unidos, y en el extranjero se sabe poco al respecto. Sin embargo, los afroamericanos, que constituyen una décima parte de la población total del país, han sido durante más de tres siglos esclavos, peones, vasallos, sirvientes, arrendatarios y trabajadores asalariados de los terratenientes y capitalistas blancos estadounidenses. En la actualidad, representan la mayor reserva de mano de obra masiva del país” (Nearing, 1929: 5).

Predecesor de autores críticos con los orígenes sangrientos de los EE.UU., como Howard Zinn y Noam Chomsky, Scott Nearing puso de manifiesto la situación en que se encontraba la población afrodescendiente, un escenario de exclusión histórica que deslegitimaba cualquier pretensión internacional de lucha por la protección de los derechos y libertades de las personas, cuando el país era incapaz de hacer lo propio internamente:

“La clase dominante de los Estados Unidos ha entrado en contacto íntimo con dos pueblos ‘diferentes’: los indígenas americanos y los afroamericanos. La cultura indígena ha sido prácticamente exterminada. Los indígenas que resistieron este proceso están muertos. ¿Qué puede decirse de los afroamericanos, que han sido parte de la vida económica y social de los Estados Unidos durante más de tres siglos? Su experiencia debería ser de interés e instrucción para los filipinos, latinoamericanos y cualquier otro «extranjero» que esté depositando sus esperanzas en el tan publicitado sentido de justicia y juego limpio de la clase explotadora de los Estados Unidos” (Nearing, 1929: 6-7).

Aun siendo consciente de las penurias a las que se exponían los afrodescendientes, las consecuencias las atribuía a los propios afectados, negando cualquier tipo de victimización, culpándoles de encontrarse en semejante situación vejatoria por ser incapaces de rebelarse contra el maltrato sistémico:

“La América Negra aborda la situación del afroamericano no como un ‘problema social’, sino como una raza oprimida. Parte de la premisa de que, sin importar cuán laboriosos y respetuosos de la ley sean las masas de afroamericanos, ni cuán talentosos sean sus líderes, los explotadores blancos de los Estados Unidos mantendrán a los afroamericanos en sujeción mientras estos estén dispuestos a permanecer en esa condición” (Nearing, 1929: 7).

Con el propósito de sustentar sus palabras, Nearing practica un repaso por la historia de la esclavitud estadounidense, recordando que los esclavos fueron llevados a los territorios americanos entre 1619 y 1863, como mano de obra para las plantaciones de algodón, arroz, azúcar y tabaco de los territorios sureños, que posibilitaron que la producción de estos cultivos fuese viable (Nearing, 1929: 14).

Antes de la llegada de los primeros occidentales a las costas africanas, la esclavitud existía en aquellos territorios, pero limitada a quienes eran capturados en guerras, los deudores ocasionales que no eran capaces de responder a las cuantías acumuladas, y quienes violaban los ritos religiosos, pero sin que se considerase esta como un negocio; y fue precisamente con la llegada de los occidentales, que comenzó el desarrollo de la industria esclavista, gestionada por europeos “*que proveían de armas, munición y ron a los nativos africanos, quienes se encargaban de incursionar y capturar la mano de obra que posteriormente era sometida a esclavitud*” (Nearing, 1929: 15).

En su estudio, tras revisar las distintas cifras que se manejaban en el mundo académico, consideraba que era un dato objetivamente aceptado el creer que este negocio habría transportado una media de 100.000 esclavos al año (Nearing, 1929: 17), lo que propició el crecimiento de su población en el continente norteamericano, hasta llegar a la cifra de 4.500.000 personas en el censo de 1860, suponiendo de ellos aproximadamente 3.900.000 personas de mano de obra esclava (Nearing, 1929: 19).

A principios del siglo XX, la población afrodescendiente en los EE.UU. se concentraba principalmente en una región conocida como el «cinturón negro», zona donde este grupo poblacional representaba aproximadamente el 40% de los habitantes de dichos estados, y que en el censo de 1920 alcanzaba en todo el país un total de 10.400.000 personas, lo que equivalía al 10% de la población de EE.UU. (Nearing, 1929: 23).

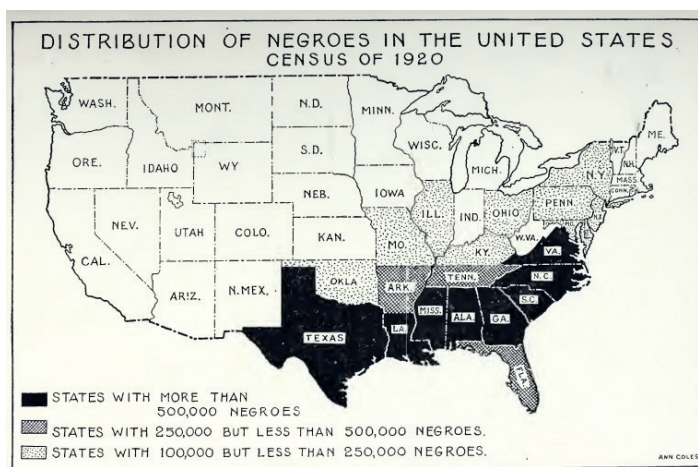


Ilustración 2. Distribución de la población afrodescendiente en los EEUU, conforme al censo de 1920. Fuente: (Nearing, 1929: 25).

En el contexto de redacción de la obra, alegaba cómo era consciente de la dificultad de entendimiento para el público europeo de las políticas estadounidenses de color.

“Muchos europeos encuentran difícil comprender la ‘línea de color’ en los Estados Unidos. Al vivir en países donde la población pertenece, en su mayoría, a un mismo grupo racial, no logran percibir la intensidad con la que se trazan las divisiones raciales cuando dos grupos étnicamente distintos coexisten en un extenso territorio.

¿En qué consiste la «línea de color» en los Estados Unidos? En términos generales, cualquier persona que no sea blanca es considerada ‘de color’. Esta categoría incluye, además de los afroamericanos, a los indígenas, chinos, japoneses, hindúes y malayos. La principal división social en los Estados Unidos se establece a partir de una característica evidente: el color de piel.

En el censo estadounidense, los afroamericanos suelen clasificarse en dos categorías: ‘negros’ y ‘mulatos’. En el censo de 1890, el término ‘negro’ se utilizaba para designar a todas las personas que tenían ‘tres cuartas partes o más de sangre negra’. Cualquier individuo con una proporción menor de ascendencia africana era clasificado como ‘mulato’. Esta categorización refleja la forma en que opera la ‘línea de color’ en Estados Unidos: la ascendencia blanca no otorga la condición de ‘blanco’, pero la presencia de ascendencia africana, sin importar cuán mínima sea, mantiene a una persona dentro de la categoría de ‘color’” (Nearing, 1929: 149).

Esta separación sobre la que se cimentaba la sociedad estadounidense, tenía como núcleo central la creencia en la superioridad racial blanca, que causaba la marginación de quienes no eran considerados parte de este grupo, y una constante

discriminación y segregación de este elevado porcentaje de la población, incluyendo su presencia en el ámbito académico, o en universales órdenes fraternales como la masonería, que generalmente separaba a sus miembros blancos y afroamericanos (Nearing, 1929: 178); algo que era evidente atendiendo a la exclusión educativa a la que eran sometidos los afrodescendientes:

“De los cuarenta y cuatro colegios en Pensilvania, uno de los cuales está destinado a afroamericanos, dieciséis informan que nunca han tenido un estudiante negro. Varios otros reportan haber tenido uno, dos o tres, y eso hace varios años... Las discriminaciones contra los afroamericanos en colegios y universidades parecen haber aumentado muy rápidamente en los últimos años (...) Doce afroamericanos han asistido a la Academia Militar de West Point: el primero en 1870 y el último en 1889. Solo tres lograron graduarse. Tres afroamericanos ingresaron a la Academia Naval de Annapolis entre 1872 y 1875, pero ninguno se graduó. La situación es bastante evidente” (Nearing, 1929: 176).

Para ello, acompañaba sus acusaciones con imágenes sórdidas, con las que ilustraba la injusta realidad que tenían que afrontar los afrodescendientes, asesinados bajo la complicidad institucional:



13. White mob exulting over its dead victim. Burned to death in Mississippi.



14. Negro stoned to death by whites in Chicago race riot.

Ilustración 3. Fotografías del libro *Black America*. Fuente: (Nearing, 1929: 195).

Pero independientemente al innegable maltrato estructural al que eran sometidos los afrodescendientes, veía en esta población un «arma arrojadiza» contraria a los intereses de los trabajadores, razón por la que apoyaba que se debía respaldar los intentos de autoorganización de los afrodescendientes en la lucha por sus derechos, viendo en estas acciones un bien mayor para el conjunto de la sociedad:

“Los negros están en la base de la escalera económica: generalmente no cualificados, casi totalmente desorganizados, miembros de una raza subordinada, víctimas ideales para la explotación. Los empleadores blancos están aprovechándose de los negros, utilizándolos para reducir los salarios, para romper huelgas. Los trabajadores blancos aún no se han dado cuenta de la situación. Siguen creyendo la propaganda de la clase dominante sobre la ‘inferioridad racial’. Aún excluyen a los negros de muchas de sus organizaciones de clase trabajadora. La mano de obra barata de los negros ha sido una fuente de beneficio para los explotadores estadounidenses durante trescientos años. Hoy, los negros están organizados para exigir mayores estándares económicos. Los trabajadores blancos deben respaldar estas demandas hasta el límite.

Los trabajadores negros deben unirse a las organizaciones de clase trabajadora. Deben ayudar a construir sindicatos, cooperativas, un partido político que represente los intereses de la clase trabajadora. Por ningún otro camino pueden las masas negras esperar la emancipación. Los trabajadores blancos deben hacer todo lo posible para integrar a los trabajadores negros en los sindicatos, en las cooperativas, en una organización política de la clase trabajadora. No hay tarea más vital para los trabajadores estadounidenses hoy en día que establecer la solidaridad de clase trabajadora a través de las líneas raciales. No puede haber victoria para la clase trabajadora mientras los trabajadores estén divididos por líneas raciales. Los trabajadores negros y blancos deben unirse por la emancipación de la clase trabajadora. La emancipación para el negro estadounidense, como para cualquier otra raza subordinada bajo el sistema imperialista capitalista, solo puede llegar cuando las masas trabajadoras negras se hayan unido a las masas trabajadoras blancas para destruir la estructura económica y social construida sobre la explotación individual y racial, y reemplazarla con un sistema económico cooperativo bajo control de la clase trabajadora” (Nearing, 1929: 261-262).

Entre los numerosos problemas que afectaban a la sociedad de su tiempo, su preocupación por la desigualdad y la necesidad de mejorar la educación como herramienta para combatir la anomia, lo llevaron a revisar y exponer las creencias cristianas como un medio para superar las dificultades que atormentaban a su época:

“Dios es espíritu, y el hombre, creado a su imagen y semejanza, también lo es. Por lo tanto, se nos ordena amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Debemos creer en el hombre. De hecho, nuestra fe en Dios solo se manifiesta a través de nuestra fe en el hombre, pues, si un hombre no puede amar a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ha visto? En resumen, nuestra fe será puesta a prueba por nuestras obras” (Nearing, 1913b: 194).

Para este fin, proponía una vida de servicio a los demás en forma de religión social fundada en la simpatía, la inspiración y la eficiencia (Nearing, 1913b: 195), pero materializando las oportunidades y la justicia para la sociedad en conjunto:

“Cuando la vida individual es pura, o, de hecho, mientras está siendo purificada, puede, a través del Servicio Social, contribuir a la construcción de la Justicia Social. En el hogar, la calle, la escuela, la fábrica, los hombres pueden servir a sus vecinos —vendando sus heridas, vertiendo en ellas aceite y vino, cuidándolos y regresando solícitamente para asegurarse de que se han recuperado por completo y pueden cumplir con sus responsabilidades—. Ese fue el servicio del Buen Samaritano. Tal es el servicio de cualquiera que alegremente ayude a aligerar la carga de su prójimo.

Sin embargo, esta no es la única obligación del hombre. ‘Es bueno que des pan al hambriento, pero mejor sería que nadie pasara hambre y que no tuvieras necesidad de darlo’. Es bueno ser solidario; es mejor ser justo. No como individuo, sino como miembro de una sociedad progresista, el creyente en la Religión Social hace efectiva su creencia insistiendo en la Justicia Social.

Sin oportunidades, los hombres y mujeres nacen, viven y mueren en la miseria. Universalicemos y revolucionemos la educación hasta que prepare a los niños para la vida; luego universalicemos la oportunidad hasta que cada adulto tenga la posibilidad de demostrar qué capacidades alberga dentro de sí. Así, completarás la práctica de tu Religión Social” (Nearing, 1913b: 197-198).

En sí, Nearing no hacía otra cosa que reformular los mensajes de caridad y ayuda al prójimo desde su particular interpretación ideológica, una religión sin Dios que asumía la centralidad de lo humano en el mensaje de hacer el bien sin distinción, ofreciendo las capacidades individuales al servicio de lo colectivo.

3. LOS ESTADOS UNIDOS: GUERRA, IMPERIALISMO Y RECURSOS

Nearing consideraba la guerra un acto criminal de robo organizado asociado a la obtención y el despilfarro de recursos. La describe como un infierno, aludiendo a las palabras del general Sherman, donde prima la monotonía y la rutina entre quienes esperan antes de la acción de las batallas, y los intereses de aquellos que dando pólvora y uniformes, obtienen hasta el último penique posible de beneficio (Nearing, 1923: 20).

Para ello comparte el argumento expuesto por John Ruskin —referente para el socialismo cristiano británico—, por el cual “el arte de ser rico incluye, necesariamente, el arte de mantener pobre al vecino, desde que la riqueza es un término relativo que implica su oposición a la pobreza” aplicándolo a los préstamos estadounidenses a Reino Unido en el marco de la Primera Guerra Mundial (Nearing, 1917a).

En opinión de Nearing, esta contienda fue un conflicto en el que el petróleo era la clave, por ser este el combustible que permitió la aparición del submarino, los aeroplanos, los tanques y el transporte de grandes contingentes de tropas. Si bien

Reino Unido había sido construido en torno al carbón, el monopolio del petróleo iba a ser el elemento que garantizase la supervivencia de cualquier imperio, lo que explicaba la guerra greco-turca de 1919-1922, que no fue sino el enfrentamiento encubierto entre franceses y británicos por el control del petróleo (Nearing, 1923: 8-18).

En este contexto, Nearing se preguntaba quién debía pagar por la guerra. Contraponiendo el gasto habitual del gobierno estadounidense, que cifraba en un billón de dólares, respecto a la previsión de 1917 que sería superior a quince billones (el 10% de la riqueza de la nación), reflexionaba acerca del sistema fiscal, la incapacidad de la mayor parte de la población de afrontar gastos extraordinarios, y la repercusión negativa en el bienestar de las familias estadounidenses, frente a las razones por las que los ricos deberían soportar el gasto fiscal, y la posibilidad de que el gobierno se hiciese con el control de los recursos productivos y financieros del país mientras continuase la guerra (Nearing, 1917b).

Célebre en este sentido es el trabajo que efectuó junto a Joseph Freeman con «Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism», obra considerada por Miguel Anxo Bastos “una crítica muy dura (...) a la política exterior norteamericana en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX” (Bastos Boubeta, 2005: 106), efectuado a partir de la revisión de las audiencias que se realizaron en el Senado de los EE.UU., para analizar las acciones desarrolladas en Centro América y el Caribe en el marco de la «Doctrina Monroe» (García de Kausel, 2013: 32-33); política con origen en el discurso pronunciado por el presidente homónimo el 2 de diciembre de 1823, al afirmar que Europa no tenía legitimidad para continuar su expansión en el hemisferio occidental, declarando que la colonización del continente americano había finalizado (salvo para los propios americanos) (Nearing y Freeman, 1927: 235-236).

Esta obra no se limitó a estudiar la situación en el «patio trasero» de EE.UU., país que desde sus inicios había manifestado un propósito imperial en su ininterrumpido proceso de expansión territorial, destinado a consolidar el comercio y las manufacturas procedentes de los territorios atlánticos (Nearing y Freeman, 1927: 233); siendo destacable la exposición efectuada de los abusos cometidos contra China. Como reconocían los autores:

“La práctica imperial moderna exige que los gobiernos ‘protejan la vida y la propiedad’. Por ello, cuando una nación como Estados Unidos alcanza el punto en el que sus propietarios adquieren intereses económicos extensos fuera de sus fronteras, la protección política de esos intereses se convierte, naturalmente, en una consecuencia inevitable” (Nearing y Freeman, 1927: 34).

Así ocurrió con China a finales del siglo XIX, en el curso de las luchas que acontecieron en el país asiático por las potencias extranjeras para obtener concesiones territoriales, empleando para ello la técnica de las «esferas de interés», con las que los inversionistas foráneos aseguraban un centro de control en un espacio costero, construyendo una red de ferrocarril desde él con el que explotar los recursos naturales y dominar esa área, estableciendo a continuación un banco con el que gestionar los recursos económicos (Nearing y Freeman, 1927: 35-36).

En el mismo sentido, la Primera Guerra Mundial permitió a los Estados Unidos convertirse en el “*prestamista jefe del dinero y recaudador de deudas mundial*” por medio de los bancos privados, logrando así volverse “*la nación más rica del mundo*”, pero como preveía Nearing, que si bien el país se convertiría en “*el banco líder mundial*” y su “*sheriff*”, tendría que afrontar a futuro las dificultades económicas y militares que conllevaría mantener esa posición (Nearing, 1917a).

En sus palabras este conflicto, que supuso su despido de la Universidad de Toledo por sostener una crítica ante la intervención estadounidense en la contienda (Eagan, 1993: 966) favoreció que EE.UU. emergiese con un nuevo estatus: “*Imperio global por derecho propio. Domina el hemisferio occidental. Joven e inexperto, nunca tuvo el desarrollo económico ni la autoridad política que le diese voz en las controversias internacionales*” (Nearing, 1921: 239).

Se trata de un nuevo imperialismo, que parece surgido sobre ideales de hermanamiento, esfuerzo personal y sin violencia ni contiendas bélicas. A partir de la información expuesta por Quincy Wright en su obra «*Study of War*», quien tras estudiar las guerras ocurridas entre 1480 y 1941, llegaba a la conclusión de que fueron las potencias europeas las que mantuvieron el mayor número de conflictos bélicos, con Reino Unido en primera posición —con 78 guerras— mientras que los EEUU se encontraban en las últimas posiciones, con 13 guerras en apenas 150 años; dato que Nearing pone en entredicho al contrastarlos con la información del Departamento de Guerra, que contabilizaba únicamente para el mismo periodo 110 guerras contra los nativos americanos (Nearing, 1945a); presentando una denuncia implícita a la hipocresía habitual, empeñada en omitir la lucha de expolio y agresión contra los pueblos originarios en la conocida «conquista del oeste», un fenómeno que parece ser olvidado en la América anglosajona, y cuyos efectos son visibles en la actualidad, en contraposición a Iberoamérica.

El *American Way of Life* —el estilo de vida americano— es expuesto iniciando con la descripción dada por un nativo americano: “*El hombre blanco vino a América. Los indios tenían toda la tierra; los hombres blancos tenían la Biblia. Ahora, el hombre blanco tiene la tierra; los indios tienen la Biblia*”; Nearing se centra en denunciar la explotación de Norteamérica, fundada en el desarrollo tecnológico, la fuerza laboral y la mezcla de ideales traídos de Europa, unido a la gran

variedad de recursos naturales existentes en el continente, permitiendo el desarrollo de una oligarquía y un sistema de consumo basado en el énfasis por la grandeza y la abundancia de productos, donde el éxito se mide por la cantidad y variedad de los bienes que se poseen con libertad —aunque la única expresión de este derecho que realmente es tomada en cuenta es la libre empresa—(Nearing, 1949).

Nearing sostenía que “*la guerra es un instrumento de política estatal, tanto doméstica como exterior*” siendo sus efectos notables, tanto con los enfrentamientos civiles como especialmente con las contiendas internacionales, que permitieron “*unir a las personas en la defensa del destino manifesto, la libertad, la democracia, la victoria, la gloria, el imperio y la dominación mundial*”, salvando la economía de estos grupos de los efectos de las depresiones de 1913 y de 1929-1937 (Nearing, 1945b).

En suma, la Primera Guerra Mundial fue para Nearing un engaño, donde los soldados murieron bajo la creencia de defender la democracia y la libertad, mientras que el objetivo real era eliminar a los rivales del Reino Unido —Alemania y Rusia— para explotar territorios en África y Asia (Nearing, 1921: 240). Su crítica se dirigía a la clase dominante, a la que acusaba de disfrazar bajo lemas, elementos de adoctrinamiento con los que impedir el cambio, constituyendo una práctica que no había sido modificada desde los tiempos de Roma, y que se había evidenciado con la connivencia de alemanes, británicos, estadounidenses e italianos ante la caída de la Segunda República Española, y la restitución del poder a los militares, la iglesia y los terratenientes (Nearing, 1945d).

Su pensamiento encontraba voces concordantes a la suya en esa época, hallando su máximo exponente en la crítica sostenida por Smedley D. Butler, general del Cuerpo de Marines de los EE.UU., quien mantuvo que “*la guerra es una estafa*” en su obra homónima «*War is a racket*», en la que desgranaba la hipocresía de las luchas, donde unos pocos se enriquecen a costa de la muerte de muchos. Como argumentaba, la misión de la propaganda era hacer consciente la guerra y el asesinato, a través de los ideales con los que “*se enviaba a morir a los jóvenes*” sin explicar que “*la verdadera razón eran los dólares y los centavos*” (Butler, 1935).

Nearing consideraba que no importaba “*qué Imperio triunfe en su lucha por obtener el derecho de explotar a los débiles y los recursos*” sino que esta lucha, que personaba en el capitalismo y el socialismo, debía tener un final (Nearing, 1921: 255). Acabada la Segunda Guerra Mundial, ante los cambios que afloraban respecto de los planes para establecer un nuevo orden mundial, sobre las cenizas y el fracaso anterior de la Sociedad de Naciones, donde imperase la paz, Nearing se mostraba escéptico: “*Si las Naciones Unidas quieren la paz, deben ir más allá de Dumbarton Oaks y Yalta. Deben estar preparadas para acabar con el sistema*

moderno de Estados y sus honorables y antiquísimas instituciones” (Nearing, 1945b).

Denunció la política estadounidense de contención de la Unión Soviética —concebida por el diplomático George F. Kennan—, en un ejercicio de promoción de la empatía. Reflexionó a través de la exposición del poder estadounidense, qué ocurriría si en vez de ellos, fuesen los soviéticos quienes tuviesen la bomba atómica, el mantenimiento del mayor ejército de su historia, una armada mayor que todas las demás de su tiempo juntas, la construcción de bases militares alrededor del mundo o el rearme de enemigos, llevándole a preguntarse con ironía:

“¿Qué pensaríamos del Generalísimo Truman y el Comisario Extranjero Acheson si ellos no trabajaran día y noche para ver a los Estados Unidos con amigos en cada capital desde Canadá a Argentina, y si no removiesen cielo y tierra hasta descubrir el secreto de la bomba atómica?” (Nearing, 1947).

Su reflexión en los albores de la Guerra Fría, sin incursionar en el internacionalismo y sus connotaciones y restricciones proletarias, partía de una premisa común, la de pensar en la humanidad como una gran familia: “*los miembros de la especie humana perderán menos y ganarán más, si viven y trabajan juntos como una familia unida*” (Nearing, 1945c). Se enmarcaba así en el pacifismo, y ante las dudas que alberga quien teme el estallido de una guerra, se mostraba contrario a quienes concebían la posibilidad de abandonar su país, al considerar que:

“A cualquier lugar al que vayas, estarás en un país que está haciendo la guerra o se está preparando para hacerlo. Mejor quédese donde está, brinde un ejemplo de vida pacífica y organice personas con mentalidad pacífica para que actúen pacíficamente” (Nearing, 1950).

De nuevo, sin alusión expresa se aprecia la pervivencia de su religión social, cuya práctica no queda limitada a concretas barreras geográficas, ni exige a sus practicantes su imposición por la vía hostil, sino que se limita a fomentar la cordialidad sirviendo cada quien, de paradigma pacífico, para que alumbre en los tiempos difíciles en que todo el mundo parece dirigirse en su preparación a la guerra.

CONCLUSIONES

Las corrientes de pensamiento son como los cursos fluviales, porque recordando a Heráclito, al igual que uno no puede bañarse dos veces en el mismo río, ocurre

así con las ideologías, que no se mantienen perennes y mutan constantemente. Lo que se ha mostrado en este artículo es una constatación de la afirmación del cambio de los tiempos, identificando posiciones que hoy están completamente alejadas de quienes se consideran herederos de este legado, más calificable a la luz actual en posiciones conservadoras que progresistas y que muestran la descomposición del movimiento al que pertenecía Scott Nearing.

Hay cuestiones en sus ideas que podría considerarse (salvando posibles sesgos), que no han cambiado en las décadas transcurridas, concretamente la importancia que representan las mujeres para la sociedad, la infancia para el futuro, y las barreras raciales como elemento controversial en aquellas sociedades que se quiebran por razón del color de la piel. Otras en cambio sorprenden actualmente en su formulación, haciéndolas propias de movimientos antagónicos más cercanos a posiciones radicalmente conservadoras, que no hacen sino demostrar el desconocimiento y las raíces de las escuelas de pensamiento de todos aquellos que se autodenominan herederos de ellas.

Así, la guerra pervive como una disculpa que permite la perpetuación de las relaciones de dominación y explotación de los recursos humanos y materiales, utilizándose para su efectiva ejecución el sistema de Estado-nación, donde los ideales sirven de coartada para embellecer la muerte y normalizar una violencia, en favor de los intereses de la minoría que conforma la clase dominante que se aprovecha de la belicosidad; y que para identificarlos y ponerles nombre, proponemos que el interesado siempre formule el adagio latino *cui bono*.

Igualmente lo hace el racismo, y la hipocresía que anida en aquellas sociedades que presentadas como defensores de la igualdad y la libertad, han favorecido tanto mecanismos de exclusión como de aparente inclusión, contribuyendo en conjunto al descrédito colectivo, lo mismo al exterior (por ofrecer una visión hipócrita que ayuda a que los enemigos de la democracia no admitan que se les repudie por razones éticas), como al interior de los países (por sentir las comunidades autóctonas la presión que supone el competir contra crecientes poblaciones foráneas, que en muchos casos no comparten sus rasgos culturales y que solo actúan como «chivos expiatorios», con los que desviar la atención de las verdaderas causas de los problemas sociales).

Todo ello sin obviar como la ciencia y el poder económico están posibilitando que retornen con firmeza, ideas que habían sido desterradas del pensamiento mayoritario por perniciosas (socialmente hablando), como fue en su momento la eugenesia; con la promesa de un futuro mejor, ganando adeptos entre aquellos que, por ocupar las cúspides del poder económico-tecnológico, desean crear un mundo a su imagen y semejanza en el que sus progenies crezcan y se reproduzcan como nuevos dioses.

Por el contrario, la economía se ha transformado para la mayoría (como la industria o la educación), en el fin último de la existencia humana, surgiendo de esta lucha de contrarios el imperativo victorioso del sentimiento de vivir para trabajar (vivir para consumir), desplazando así al individuo del centro de la experiencia vital. La desigualdad prospera por encima del tradicional limitante y signo de distinción que suponía lo monetario en las relaciones sociales, perfilándose en el futuro la irrupción de las desigualdades biológicas a través de la manipulación genética; una materialización de las ansiadas políticas eugenésicas preconizadas por Nearing, pero que serán presentadas de forma excluyente para las mayorías, y que al igual que la educación, quedarán restringidas a las minorías con capacidad para garantizarse su acceso.

Ante esta realidad, con un plano internacional ineficaz y perpetuador de tales prácticas, donde la fragmentación y el individualismo se imponen como moneda social de interacción, la única alternativa que le queda a las personas no es la huida hacia un utópico paraíso perdido, cuyas divergentes alternativas extremistas han sido arrojadas por la historia tras ser refutadas por la realidad; sino aguantar con entereza, sirviendo de ejemplo a sus semejantes, a través del buen obrar y el fomento de la empatía hacia los demás, sin perder la esperanza jamás.

BIBLIOGRAFÍA

- BASTOS BOUBETA, M.A. (2005). Antiimperialismo de derechas: la tradición política del aislacionismo norteamericano. *RIPS: Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 4(1).
- BUTLER, S. D. (1935). *War is a racket*. Round Table Press Inc.
- EAGAN, E. M. (1993). John A. Saltmarsh. Scott Nearing: An Intellectual Biography. Philadelphia: Temple University Press. 1991. *The American Historical Review*, 3(98).
- GARCÍA DE KAUSEL, G. P. (2013). La bandera sigue al mercado. El paso del Banco de Emisión al Banco Central y su incidencia en la soberanía de las naciones en Colombia y América Latina: 1914-1945, Universidad Nacional de la Plata.
- LIBRARY OF CONGRESS PRINTS AND PHOTOGRAPHS DIVISION WASHINGTON (2025). LC-USZ62-45985. <https://loc.gov/pictures/resource/cph.3a46163/>
- NEARING, S., y NEARING, N. M. S. (1912). *Woman and Social Progress*. The MacMillan Company.
- NEARING, S. (1913a). *Masters and Slaves*. Arden Leaves, 12(2).
- (1913b). *Social Religion*. The MacMillan Company.
 - (1913c). *The Solution of the Child Labor Problem*. Moffat, Yard and Company.
 - (1915). *The New Education*. Row, Peterson & Company.
 - (1916). *Poverty and Riches*. The John C. Winston Company.

- (1917a). Where is America going?. The Current History Class Committee of the Rand School of Social Science.
- (1917b). Who should pay for the war? National Headquarters of the People's Council of America, New York.
- (1919). The Super Race: an american problem. B.W.Huebsch.
- (1920). Fascism. The Rand School of Social Science.
- (1921). The American Empire. The Rand School of Social Science.
- (1923). Oil and germs of war. Nellie Seeds Nearing, New Jersey.
- (1924). Bolshevism and the west. George Allen & Unwin Ltd.
- (1929). Black America. The Vanguard Press.
- (1940). The Rise and Decline of Christian Civilization. Scott Nearing.
- (1945a). Peace-Loving Peoples, War and Peace. World Events.
- (1945b). The roots of war. War and Peace. World Events.
- (1945c). What then must we do about war? War and Peace. World Events.
- (1945d). Will they never learn? War and Peace. World Events.
- (1947). As others see us. World Events.
- (1949). The American Way of Life. World Events Committee.
- (1950). Actions for Peace. Vermont.

NEARING, S. y FREEMAN, J. (1927). Dollar Diplomacy: A Study in American Imperialism. B.W. Huebsch and the Viking Press.

SALTMARSH, J. A. (1991). Scott Nearing: The making of a homesteader. The Good Life Series.

UNITED STATES DISTRICT COURT FOR THE SOUTHERN DISTRICT OF NEW YORK (1919). The Trial of Scott Nearing and the American Socialist Society. The Rand School of Social Science.

WAID, M. (2005). Introducción. En SIEGEL, J., SHUSTER, J., Los archivos de Superman en Action Comics, vol 1, Norma Editorial.